

fiel criado Yandaca y le mandó llevar su caballo enjaezado. En vano trató el criado de disuadirle de su propósito recordándole todos los goces y magnificencias que iba á abandonar; Sidarta se mostró inflexible y desafió todos los peligros que el criado le mostraba, así como había resistido á todos los alicientes materiales.

Por la voluntad de los dioses durmió toda la ciudad como todos los habitantes y los guardas del castillo y palacio, y Yandaca, que retardó cuanto pudo la ejecución de la orden de su amo, esperando que alguien se despertara y le ayudase á detener al príncipe, perdió la esperanza. «Ya ha llegado el tiempo, le dijo Sidarta; anda y tráeme mi caballo Cantaca;» y cuando el criado le preguntó qué tiempo había llegado, le contestó su amo: «Ha llegado el tiempo, Yandaca, de alcanzar la iluminación suprema, la *bodhi*, que no conoce ni la caducidad ni la muerte, cosa que anhelo conseguir desde hace mucho tiempo para ser el salvador de todas las criaturas.»

Viendo el criado que todas las reflexiones eran inútiles y que los dioses protegían la partida del príncipe, obedeció llorando; enjaezó y ensilló al noble animal y lo presentó á su amo, diciendo: «Aquí tienes tu soberbio y noble caballo; anda y realiza tu propósito; cúmplase tu deseo piadoso y que tus adversarios se aparten de ti. Llega á ser el salvador del mundo y trae á todos la bienaventuranza celeste.» El príncipe acarició el caballo, y diciéndole: «Muéstrate valiente, Cantaca,» montó. Tembló la tierra y una lluvia de flores cayó del cielo.

Los dioses guiaron el caballo; Indra y Brahma fueron delante para indicar el camino con su resplandor celestial, y el criado seguía agarrado á la cola del caballo. La puerta de la ciudad se les abrió por sí sola y sin ruido; sólo el genio protector de la capital cantó lamentaciones por la marcha de Sidarta, con el cual se iba también la magnificencia de Capila. Entonces detúvose el príncipe un instante, y echando una última mirada á la ciudad dormida, dijo: «Cuando vuelva estarán todos despiertos;» y dicho esto, continuó su marcha volando al través de los territorios

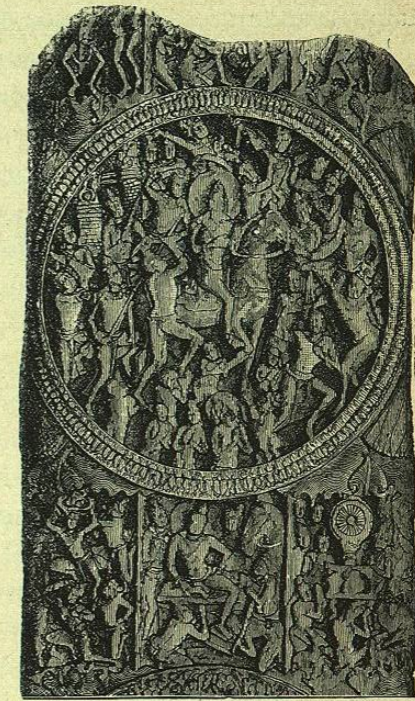
de los sakias, collas, mallas y maineyas, mientras se oía en el aire el canto de las ninfas.

Al romper el día hallábase Sidarta á seis yoyanas de la ciudad de Capila, y entonces se apeó, se despidió de los dioses que le acompañaban, quitóse sus joyas y las entregó con el caballo á Yandaca para que los llevara á la capital. El criado cumplió llorando la orden, y, según la leyenda, se llama aquel sitio todavía hoy «la vuelta de Yandaca.»

Habiendo quedado solo el bodisatva, cortóse con su sable la cabellera y la arrojó al aire; pero Indra la cogió y la llevó á su cielo, y dice la leyenda que en aquel sitio se celebra todavía hoy una fiesta en memoria de este suceso milagroso. También le pareció impropio de su nuevo género de vida su finísimo traje; pero no descubría medio alguno de hacerse con un sayal pardusco de monje. Entonces pasó por allí súbitamente un dios disfrazado de cazador, que trocó gustoso su traje burdo por el precioso vestido del príncipe y lo llevó gozoso al cielo, donde todavía es venerado hoy, dice la leyenda.

En el mundo de los dioses, desde la región más baja hasta la más elevada, fué grande la alegría cuando sus moradores vieron al príncipe Sidarta vestido de monje; pues decían que sin duda ninguna alcanzaría la iluminación suprema y libraría del mal al mundo y á las criaturas.

Los habitantes de Capila, muy lejos de sospechar que el



Partida de Sidarta, bajo relieve de una pilastra de Amravati

príncipe se hubiese marchado, se despertaron por la mañana contentos y alegres; pero cuando Gopa despertó y no encontró al esposo á su lado, dió un grito de dolor y de espanto y cayó sin sentido. Los lamentos de todas las mujeres, que en vano buscaban al príncipe por todo el palacio, llegaron hasta los aposentos más retirados del rey, el cual también cayó desmayado cuando supo que su hijo había desaparecido. Cuando hubo vuelto en sí, envió en todas direcciones mensajeros con orden de no regresar hasta haber visto al príncipe. Los que salieron por la puerta de la Buena Suerte, por donde había pasado el príncipe, encontraron á Yandaca que regresaba á la ciudad afligido yendo al lado del caballo de su amo, y contó á los enviados en busca del príncipe cómo había pasado todo, añadiendo que todos sus esfuerzos serían inútiles y que no lograrían hacer volver atrás al príncipe. A la vista de Yandaca y del caballo corrió la noticia de que el príncipe había regresado; pero su esposa Gopa no se hizo ilusiones, porque demasiado conocía la firmeza de voluntad de su esposo, y así dejó libre curso á su dolor, sin que los consuelos de Gautami lograsen apaciguarlo.

El rey Sudhodana sintió renovarse también su dolor á la vista de Yandaca y del caballo. El criado le refirió cómo había pasado todo, y cómo había procurado en vano despertar á la gente de palacio antes de obedecer al príncipe, al cual ayudaron los dioses, que amortiguaron el ruido de los cascos del caballo para que nadie despertara, amén de otros milagros. Finalmente dijo que el príncipe le había dado el encargo de tranquilizar á toda la familia y le había asegurado una acogida favorable.

A Gopa, que llorando abrazó el caballo de su esposo por el cuello, consoló el criado del mejor modo que pudo; le dijo que las personas buenas no debían afligirse por la marcha del príncipe, que regresaría en su día en toda la gloria de su obra de salvación y entonces la esposa participaría de su gloria; después, para consolarla más, le refirió los milagros que los seres celestes habían hecho para ayudar al príncipe y muchas otras cosas.

La preciosa armadura del príncipe fué regalada á tres parien-

tes suyos; pero como éstos no pudieron usarla porque no les venía al cuerpo, y sólo servía para entristecerles más, Gautami la echó en un estanque, que según la leyenda se llama desde entonces «el estanque de las joyas.»

Entretanto el príncipe en su hábito de monje siguió tranquilamente su camino. Llegó á la ermita del bracmán Safi, que le recibió hospitalariamente; después se dirigió á la de Padma, y sucesivamente á la del sabio bracmán Raivata, y de allí á la morada de Rashaca, hijo de Datrimadandica, siendo muy bien recibido de todos. Después llegó á una gran ciudad llamada Vaisali, donde vivía á la sazón Arada, que gozaba como maestro de gran fama. Enseñaba la pobreza y el dominio de los impulsos sensuales, y tenía trescientos discípulos. Así éstos como su maestro quedaron admirados al ver la hermosa figura del bodisatva, el cual pronto comprendió sus explicaciones y se mostró á la altura del maestro. Este le invitó á enseñar juntamente con él á los discípulos y le llamó otro Gautama. Mas el bodisatva comprendió luego que la doctrina de Arada no conducía á la salvación que tanto anhelaba, y por lo mismo salió de Vaisali y entró en el territorio de Maghada. Al recorrer como monje mendicante la capital Radyagriha, cuantos le vieron creyeron que el mismo Brahma ó Indra, ú otro dios, había llegado allí para pedir limosna: tan imponente era su aspecto. La gente no se cansaba de mirarle, y pronto llegó la noticia de su llegada á oídos del rey Bimbisara. Habiendo el rey visto al monje extranjero desde una ventana de su palacio, mandó que le siguieran, y cuando le dijeron que había ido á acomodarse al pie del peñasco de Pandava, marchó con gran séquito tras él para saludar al nuevo é imponente anacoreta. Llegado que hubo al sitio, se apeó del caballo, é inclinándose respetuosamente saludó al bodisatva, el cual con dignidad y calma devolvió el saludo como correspondía con las palabras: «¡Viva el rey muchos años!» En el curso de la conversación ofreció el rey al monje, si quería dejar la soledad del bosque y vivir alegremente en su compañía, todos los goces y diversiones de la vida, haciendas y tesoros, y finalmente hasta

la posesión y el gobierno de su reino; pero el bodisatva no aceptó nada y dijo: «Todos los placeres sensuales son, ¡oh rey!, como el viento y las nubes, vanos, insubstanciales y efímeros; se anhela disfrutar de ellos, pero una vez logrados no dan satisfacción; son como el agua salada, que en lugar de apagar la sed, la aumenta.» Añadió que esto lo habían reconocido en todos tiempos las personas inteligentes, y que él había tenido todos los placeres y goces, mujeres jóvenes, todo en abundancia, y lo había dejado todo y renunciado á un trono. Preguntado por su familia, dijo que era sakia é hijo del rey Sudhodana, á quien había abandonado para vivir dedicado únicamente á las prácticas de la virtud. Entonces no le instó más el rey Bimbisara; y habiendo obtenido del bodisatva la promesa de volver á visitar su reino después de haber alcanzado el conocimiento supremo, le saludó respetuosamente y volvió á su capital.

Enseñaba entonces en su capital Radyagriha Rudraca, hijo de Rama, con tanto éxito, que siempre estaba rodeado de setecientos discípulos. Sidarta no quiso marcharse sin haber oído á este sabio tan afamado; y habiéndole encontrado, le preguntó quién había sido su maestro, á lo cual Rudraca le respondió que todo lo que sabía lo había aprendido por sí mismo. Preguntóle Sidarta qué era lo que enseñaba, y el maestro le contestó que enseñaba lo inconsciente, pero no lo ignoto. Asentó Sidarta plaza de discípulo y pronto comprendió todo el arte del maestro y su falta completa de valor, memoria, profundidad y conocimiento. Rudraca tuvo que confesar á su nuevo discípulo que no sabía más, y al mismo tiempo le graduó de maestro y le invitó á explicar como tal á su lado; pero el bodisatva declaró en plena clase que sabía ya bastante, y se trasladó á otra parte, marchándose con él otros cinco discípulos, porque observaron que habiendo comprendido Sidarta en tan corto tiempo todo lo que alcanzaba Rudraca, era seguro que Sidarta llegaría á ser un gran maestro.

Continuó, pues, su camino por el territorio de los maghadas y llegó con sus nuevos adeptos á Gaya, donde fueron invitados á una fiesta. Concluída ésta, se retiró á una montaña inmediata,

llamada «Cabeza de Gaya,» donde se entregó á sus meditaciones sobre la vida de los bracmanes y monjes que con todas sus mortificaciones y penitencias eran siempre más ó menos esclavos de la sensualidad, la cual les impedía llegar á un conocimiento superior. Después de haber permanecido algún tiempo en la Cabeza de Gaya, continuó su marcha y llegó á Uruvilva, donde vivía un jefe de ejército. Allí las aguas claras y las amenas orillas del río Nairanshana convidaban á la meditación y á una permanencia prolongada, y allí el bodisatva, después de haber conocido á muchos ascetas de opiniones y doctrinas las más diversas, con variadísimas prácticas de devoción exterior, resolvió dedicarse á la vida ascética y dar ejemplo de una separación completa de la vida material y sensual.

Entregado, pues, á no interrumpidas meditaciones, se sometió á las mortificaciones más duras. Pasaba días enteros sentado con las piernas cruzadas, ayunando y aguantando la respiración, hasta que un sudor frío cubría su cuerpo, y á los que le veían les pareció muerto ó por lo menos á punto de expirar; y según la leyenda, hijos de cielo anunciaron á Maya, la difunta madre del príncipe, el próximo fin de su hijo. Por tanto Maya, acompañada de ninfas, se dirigió á media noche á orillas del Nairanshana, y al ver á su hijo exclamó, en medio de grandes lamentaciones y sollozos: «¿Es decir, que la profecía de Asita ha resultado falsa, y tú, hijo mío, has de morir en solitaria selva sin haber alcanzado la iluminación espiritual suprema?» Al oír esto el bodisatva preguntó quién se lamentaba tanto, y le contestó Maya: «Es tu madre, que te llevó cual diamante en su seno y te parió en el bosque de Lumbini.» Entonces la consoló su hijo, diciéndole que antes de morir sin haber alcanzado el saber supremo, la cumbre del Meru flotaría sobre las aguas, se haría pedazos la tierra y se desprenderían del cielo la luna y las estrellas. Estas palabras consolaron á Maya, que al volverse alegre con sus ninfas al cielo, hizo caer sobre su hijo una lluvia de flores de mandara.

El bodisatva continuó sus mortificaciones. Quiso dar al mundo una prueba del poder del espíritu. Llegó á no comer más que

un solo grano de cebada ó de arroz en todo el día, después redujo el alimento diario á un granito de sésamo, y finalmente se abstuvo hasta de esta cantidad ínfima; se expuso á los ardores del sol, al frío, al viento, á la tempestad, en fin, á todas las penalidades; perdió todos los jugos y fuerzas y el lustre de su cutis, y desaparecieron todas las señales principales y secundarias de su belleza excepcional, hasta parecer su cuerpo un melón seco y arrugado. Había llegado á no ser ni sombra de lo que había sido, y la gente de la comarca le llamó el monje Gautama negro ó moreno, y con otros nombres por el estilo. Las leyendas dicen que no pasó día sin que su padre se informara del estado de su hijo por medio de mensajeros que envió sin interrupción á adquirir noticias.

Así pasaron seis años. El bodisatva había resistido con voluntad firme las pruebas ascéticas más duras; había mortificado su cuerpo y penetrado con su espíritu en las últimas profundidades de la meditación; había resistido á las tentaciones del espíritu protervo, siempre en acecho para hacerle abandonar su propósito, y le había dicho: «Hasta á ti te venceré, espíritu maligno;» y el espíritu maligno había tenido que retirarse, avergonzado de su impotencia.

El bodisatva había resistido pruebas sobrehumanas, pero también se había convencido de que el camino seguido hasta entonces no conducía á la sabiduría suprema, ni á la iluminación completa del espíritu. Comprendió que por este camino no se llegaba á vencer las miserias de la vida, repetidas con su nacer, envejecer y morir; que un cuerpo exhausto no puede combatir, y habiendo rechazado el auxilio que los dioses, según la leyenda, le ofrecieron, tomó la resolución de volver á alimentarse. Al ver esto, los cinco discípulos que con él estaban creyeron que su maestro se había cansado de su vida y de su misión, y desesperando de él se trasladaron á Richipatana, al bosque de las gacelas del lado de Benarés.

No parecía sino que diez doncellas de las familias principales de la aldea inmediata habían esperado el día en que el austero

anacoreta cambiara de plan, para proveerle de viandas confortantes, y éste las aceptó y no tardó en recobrar su buen aspecto anterior, por manera que poco á poco le volvieron á llamar los habitantes del país, como antes, «el monje guapo y buen mozo.»

Entre las diez doncellas había una llamada Sudyata, hija del jefe de la aldea. Esta joven, en cumplimiento de un voto, había llevado de comer diariamente durante seis años á unos cuantos bracmanes; y así le ocurrió el deseo de que el bodisatva aceptara de sus manos una comida, y después de haberla comido lograra el monje su ardiente anhelo de alcanzar la iluminación suprema del espíritu.

Aquel día también un hijo del cielo llevó al bodisatva ropas nuevas, como las llevan los monjes; y una vez aceptadas, se las puso y se dirigió por la mañana á la aldea.

Aquella mañana era la del primer día de la luna llena del mes de Vaisaca; la joven Sudyata se había levantado muy temprano, porque una inspiración divina le había dicho que aquel día llegaría el santo varón al cual deseaba hacer su regalo anual y que la ayudaría á lograr el cumplimiento del objeto de su voto. Por esto había hecho levantar también temprano á su criada Utara.

Sacaron de la leche de mil vacas la mejor nata; de ésta otra vez la flor, y así sucesivamente siete veces, y la última la cocieron con arroz escogido y miel en un puchero nuevo sobre un hogar nuevo. Al hervir observaron augurios favorables. Cuando el manjar estuvo cocido, añadieron especias aromáticas; Sudyata adornó la fuente con flores y envió á la criada en busca del bracmán que el cielo debía enviar. A cuantas partes la criada dirigió sus pasos, se encontró siempre con el monje conocido por *el buen mozo*, y al noticiarlo á su ama, dijo ésta: «Pues ve á invitarle, ya que para él hemos aderezado este manjar.» Cumplió la criada el recado, y el bodisatva aceptó la invitación sin hacerse rogar. Cuando entró en la casa, lo encontró todo engalanado, incluso al ama; sentóse en el asiento preparado; Sudyata

le presentó el manjar en una gran escudilla de oro; tomola el invitado y la comió, pero pensando sin cesar en su deseada iluminación espiritual tan anhelada, que sentía interiormente había de tener aquel mismo día. Al tomar el manjar, no llevando su olla de mendigo, dijo á Sudyata: «Hermana mía, ¿qué se ha de hacer después con esta preciosa escudilla? — Es tuya,» dijo la joven; y cuando él le observó que para él no servía (atendido su voto de pobreza), le contestó Sudyata: «Haz con ella lo que quieras, pues yo no daré en adelante á nadie manjar de voto sin dar también la escudilla.»

El bodisatva se retiró con la fuente de arroz con leche y miel, y llegado que hubo á orillas del Nairanshana, siendo todavía temprano, puso la fuente en un sitio conveniente, se desnudó y tomó un baño para refrescar su cuerpo. Los dioses, dice la leyenda, habían echado flores y perfumes en el agua clara del río, á fin de tomar después algo de ella y guardarlo como reliquia.

Después de haberse bañado salió el bodisatva del río con el auxilio del espíritu de un árbol, que le alargó la mano; se sentó en la orilla, donde la ninfa del río le había preparado un asiento primoroso, y se puso á comer con tranquilidad. Cuando hubo concluido de comer, arrojó la fuente de oro al río. Sagara, el rey de las serpientes, se apoderó de ella en el instante en que Indra, bajo la forma de Garuda, trataba de cogerla. Indra, no habiendo llegado á tiempo, tomó su forma verdadera y suplicó á Sagara que se la cediese, á lo cual accedió Sagara después de repetidos ruegos. Indra la llevó muy gozoso á su cielo, donde los hijos de dioses instituyeron una fiesta, la de la escudilla de oro, con su procesión, fiesta que se celebra todavía hoy (1).

El bodisatva se levantó de su asiento, y habiendo recuperado todo su vigor y hermosura de antes, marchó, valiente como un león joven, en dirección del árbol de la ciencia.

La marcha del bodisatva desde el río Nairanshana al árbol de la ciencia fué, según cuenta la leyenda, una fiesta para la na-

(1) Esta fiesta está representada en el bajo relieve de Amravati que hemos reproducido en la pág. 259.

turalidad entera y para el mundo de los dioses. El suelo por donde pasó el futuro salvador parecía una alfombra de flores; los árboles y arbustos de las orillas del camino ostentaban flores y frutas; innumerables aves de toda clase y hermosísimo plumaje se balanceaban en las ramas, mezclando sus cantos sonoros con los de las ninfas celestes, porque los dioses y los espíritus buenos de todos los reinos celestes habían acudido, por indicación del gran Brahma, para ofrecer sus respetos, loas y ofrendas al bodisatva en su camino al trono del conocimiento; diez y seis hijos del cielo, encargados de la custodia de este trono habían adornado todos los alrededores hasta una yoyana de distancia con séptuples galas de palmas, oro y perlas; la magnificencia de aquella comarca eclipsaba la de las moradas de los dioses y espíritus. De la misma manera las cuatro divinidades del árbol de la ciencia adornaron este árbol desde su raíz hasta su copa con guirnaldas y coronas de flores. Al mismo tiempo la aureola de luz que salía del bodisatva iluminaba con sus rayos rutilantes todo el ámbito de la tierra y penetraba hasta las regiones celestes más elevadas y hasta los abismos más profundos del infierno. Los deseos de los que sufrían amarguras quedaron satisfechos; las penas, los dolores y tormentos se calmaron; los odios y contiendas desaparecieron, y en todas partes reinaron la unión, el amor, la confianza, la benevolencia y el contento.

Hasta las moradas de las serpientes penetró la luz que emanaba del bodisatva; Cálica, en cuyo palacio infernal no penetra ningún rayo ni de sol ni de luna, se acordó de sucesos análogos ocurridos tiempo hacía, y al salir para ver lo que pasaba, vió al bodisatva dirigirse al trono del conocimiento. Entonces llamó á todos los suyos para que acudieran á saludar al salvador, y á su voz acudieron su esposa, llamada Suvana-Prabhava (Resplandor de oro), todas las mujeres é hijas nagas con guirnaldas, banderolas y perfumes para obsequiar al futuro buda y cantar sus alabanzas.

En el camino y en medio de las loas de los dioses y espíritus